

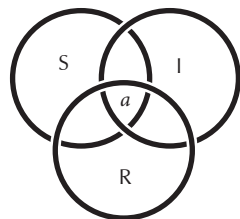
# Inhibición, síntoma y angustia. Hacia una clínica nodal de las neurosis

LUIS ALBERTO RODRÍGUEZ VALENZUELA\*

Analítica, Asociación de Psicoanálisis de Bogotá, Colombia

Soria Dafunchio, Nieves. *Inhibición, síntoma y angustia. Hacia una clínica nodal de las neurosis*. Buenos Aires: Del Bucle, 2010. 178 páginas.

A lo largo de su enseñanza, Jacques Lacan recurrió a diversas disciplinas y teorías para desarrollar su campo; así, elementos de la lingüística y la literatura, la lógica y el álgebra atraviesan su obra, intrincándose con el lenguaje psicoanalítico, a veces, incluso, de forma poética. En sus últimos seminarios utilizó la teoría de los nudos y la topología para dar cuenta de cómo concebía la estructura subjetiva. De esta teoría tomó especialmente la formulación del nudo borromeo, para evidenciar la interacción entre los registros real, simbólico e imaginario en la experiencia del ser hablante. En dicho nudo cada aro representa un registro que se enlaza con los otros de forma tal que al soltar uno, los otros dos también quedan sueltos.



\* e-mail: luisvalenzuela@yahoo.com

No obstante, llegó a afirmar que este anudamiento borromeo como tal no existe, porque el ser hablante es una estructura fallida, fallada: “Hay algo que no anda en el ser hablante, que hace que las cosas no se acomoden, que hace que la relación sujeto-objeto, hombre-mujer, no se acomode y eso que no anda se va a manifestar como lapsus del nudo”<sup>1</sup>. Este lapsus se entiende aquí como una intersección equivocada entre dos aros que, entonces, ya no va a producir el carácter propiamente borromeo antes mencionado. “Se trata de la estructura del ser hablante como una relación borromea entre tres nominaciones: una Imaginaria, una Simbólica y una Real, que está siempre fallada, y es la particularidad que asume esa falla, así como la reparación de esa falla, lo que va a dar cuenta de los distintos tipos clínicos”<sup>2</sup>. Dicho de otro modo, no va de suyo que estos tres aros se mantengan unidos. Y para figurar su anudamiento Lacan echa mano del acto de nominación como condición del anudamiento. Así pues, en principio, Real, Simbólico e Imaginario son los tres nombres, las tres nominaciones que constituyen el nudo.

En su libro Nieves Soria ofrece un desarrollo amplio y “didáctico” de este desarrollo lacaniano, a partir de una exposición teórica que se complementa al final con su aplicación

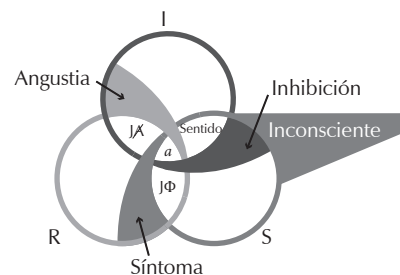
1. Nieves Soria, *Inhibición, síntoma y angustia. Hacia una clínica nodal de las neurosis* (Buenos Aires: Del Bucle, 2010), 25.
2. *Ibíd.*, 19

sobre casos clínicos. Muestra cómo el nudo borromeo permite visualizar algunos momentos de la constitución subjetiva a la luz de la interacción de los registros y, desde allí, cómo es posible entender y operar en la clínica de las neurosis de forma avezada, situando el malestar de cada sujeto como avatar (lapsus) de una nominación —Imaginaria, Real o Simbólica—, que exige ser reparada, trabajo analítico mediante.

Recordemos que la nominación es una de las funciones del lenguaje, la dimensión denotativa, que supone la asociación entre una palabra y una cosa, a diferencia de la connotativa, en la que se destaca el sentido que puede tomar esa cosa, sentido que depende del contexto, del uso o de elementos inferenciales, entre otros. En rigor, el nombre de las cosas asocia una palabra (Simbólico) con la Imagen... de aquello a lo que se refiere (Real); es decir, que la nominación es una función de mediación. Por eso Lacan asimila la relación de los registros en el nudo borromeo a nominaciones, porque un registro está mediando en la relación entre los otros dos: entre lo imaginario y lo real media lo simbólico, como es el caso de la nominación de la cosa por la palabra. Mediar también es anudar. Entonces, nominar, anudar y mediar son, aquí, equivalentes en su función.

En el *Seminario 22, R.S.I.*, Lacan se propone abordar la estructura desde esta propuesta teórica de la nominación, y toma las tres categorías freudianas de inhibición, síntoma y angustia como las tres nominaciones constitutivas del nudo; es decir que articula la triada inhibición, síntoma y angustia con la triada real, simbólico, imaginario, tejido cuyos frutos se verán en la clínica.

Habrà que resaltar la particularidad de esta manera de abordar la estructura subjetiva, pues ya no se trata del mito freudiano del Edipo; en todo caso, a partir de aquí se plantea la exigencia de articular el complejo de Edipo con estas nominaciones que podrán ser pensadas, entonces, como nombres del padre.



Como resultado del entrecruzamiento de los registros con las categorías freudianas tenemos, en primer lugar, que la nominación de lo imaginario es la inhibición. Recordemos que en Freud la inhibición es una detención de las funciones de la instancia del yo, a la que Lacan dará estatuto imaginario: el yo, más precisamente la función yoica, se inhibe para evitar el desarrollo de la angustia. La constitución del yo o, lo que es lo mismo, del narcisismo, sigue las vías de lo imaginario y tiene la propiedad de inhibir el caos del autoerotismo. Así pues, como Lacan se encarga de señalarlo, se trata esencialmente de la dimensión del cuerpo, ella misma constitutiva del registro imaginario, si bien sus efectos de inhibición se traducen en lo simbólico. De hecho, como seres del lenguaje, nuestro *hábitat* es lo simbólico, que opera como una cadena de desplazamientos metonímicos, recta infinita a la que la nominación imaginaria viene a poner límite, a detener; en efecto, la inhibición ‘actúa’ sobre lo simbólico, deteniéndolo. Este actuar se entiende como un giro centrípeto del nudo, hacia el centro del mismo. De un registro al otro, entonces, esta primera articulación entre los registros y los fenómenos de la triada freudiana, un registro desborda, se entromete en el otro.

En la nominación de lo simbólico se trata fundamentalmente del síntoma. Pero, en virtud de la intromisión entre los registros, hay que entender el síntoma como un efecto de lo simbólico en lo real. El síntoma, entonces, es “simbólico”,

solo que a esta altura lo simbólico no es ya de manera predominante una cadena  $S_1$ - $S_2$  y, de la misma manera, el síntoma no es una formación del inconsciente como las otras...

Así, se hacen evidentes los desplazamientos teóricos y los sucesivos afinamientos conceptuales en esta materia. Precisamente uno de los méritos del texto de Nieves Soria consiste en presentarlos paso a paso, sin que por eso se menoscabe la complejidad del asunto. Señalemos, pues, las complejidades sobre las que la autora insistirá para dar cuenta del desplazamiento operado en este punto.

Efecto de lo simbólico en lo real, “el síntoma es lo que no anda, lo que no funciona [...]; es la falla o la falta haciéndose presente en lo Real”<sup>3</sup>. En seguida se impone la pregunta: si en lo real no falta nada, si la falta —la castración— es propia de lo simbólico, ¿cómo afirmar que hay una falta que se presenta en lo real? Se puede ver con el síntoma de Dora, la tos. Se trata en este síntoma de la identificación con un rasgo del padre, lo cual no aporta poca cosa si tenemos en cuenta que ya Freud hacía de la identificación simbólica el proceso que conduce a la formación del síntoma neurótico. Pues bien, Lacan destaca el carácter simbólico de esta identificación —que es la propia del complejo de Edipo, por lo demás— señalando cómo el sujeto se constituye a través de la repetición de una marca, que es justamente el “rasgo unario”. Ahora bien, el rasgo en cuestión se reduce al “significante independientemente de todo sentido, [...] es un uno que se repite, una marca que insiste”<sup>4</sup>, y el síntoma es la operación que introduce eso que es propio de lo simbólico en lo real. El síntoma hace existir lo real y a eso se debe la definición lacaniana del síntoma “como lo que ex-siste del inconsciente”<sup>5</sup>.

Esta formulación, que merecería un largo desarrollo, es presentada por la autora de una manera sintética pero que permite concluir acerca de la dimensión real del síntoma,

pues, en efecto, si el inconsciente se halla situado entre lo imaginario y lo simbólico, no obstante su resultado, que es el síntoma, es real. La dimensión real del síntoma se detecta, de nuevo, en la tos de Dora. En efecto, la identificación con lo simbólico del Otro real, que es la identificación con el rasgo paterno, sitúa en primer plano la letra. Si el síntoma se reduce a rasgo del Otro, marca que insiste, es entonces letra que se repite y que, como tal, se escribe en lo real.

De todas estas articulaciones la autora destaca el carácter extraño del síntoma, en el sentido de que, no obstante surgir del inconsciente, su existencia es real. Pero destaca también el elemento esencial para situar el valor y la función del síntoma, pues viniendo de lo simbólico a lo real, tiene la capacidad de producir en lo real un forzamiento en virtud del cual introduce una falta allí donde no falta nada. Este forzamiento no opera cualquier cosa pues se trata, precisamente, de la castración. A esta altura lo real del síntoma se enuncia, según lo señala la autora, como un modo de goce, tampoco cualquiera, de ahí la siguiente afirmación lacaniana: “Yo defino al síntoma por la manera en que cada uno goza del inconsciente, en tanto que el inconsciente lo determina”<sup>6</sup>.

No podríamos pasar por alto la mención a la angustia como nominación de lo real. Si el síntoma desemboca en el nudo en lo real, la angustia, en cambio, parte de lo real y es porque tiene efectos sobre lo imaginario que puede aportar sentido, como angustia, a la naturaleza del goce que se exterioriza. De esta nominación de lo real, la autora presenta la referencia lacaniana propicia para situar la angustia. Así, acude a la distinción que hace Lacan entre dos momentos “bíblicos”: uno, cuando Adán nombra a los animales —nominación simbólica— y el otro momento, previo, aquel en que el Dios dice “Yo soy lo que soy”, que es un  $S_1$  puro, sin sentido, porque no remite a ningún  $S_2$ , sino a un objeto  $a$ : “soy lo que soy, esa cosa, eso”<sup>7</sup>. Esta nominación de lo real,

3. *Ibíd.*, 79.

4. *Ibíd.*

5. *Ibíd.*

6. *Ibíd.*, 65.

7. *Ibíd.*, 22.

cuando algo surge de la nada, es lo que se manifiesta como angustia que, introduciéndose en lo imaginario, desarma el narcisismo. Por lo demás, la referencia al objeto pone el acento en el asunto central de la angustia tal como Lacan, a diferencia de Freud, la plantea. En efecto, en Freud la angustia se asocia con el peligro ante una pérdida, con una experiencia en la que algo llega a faltar; en esta vertiente se refiere a la angustia de castración, pero es cierto que hay en Freud otra vertiente que se asocia con la reproducción del trauma, mientras que en Lacan, la angustia se define como la falta de la falta y se relaciona con la falta de apoyo que da la falta, como cuando al niño lo invade la presencia del seno materno: “Lacan lee la angustia como la amenaza de la presencia del objeto, en lugar de la falta”<sup>8</sup>.

Con esta revisión de los fundamentos de la teoría de los nudos que la autora desarrolla ampliamente en la perspectiva de presentar “la clínica nodal de las neurosis”, se abre paso a una relectura de las diferentes estructuras neuróticas que propone elementos centrales, indispensables a la hora de proponer una intervención analítica pensada desde lo nodal.

La neurosis obsesiva se caracteriza por la prevalencia del yo en su anudamiento, en virtud de lo cual el sujeto se atrinchera en su imagen narcisista. Lo propio de esta estructura, que es la nominación imaginaria de la inhibición, se evidencia en el goce del tiempo o en el apartamiento obsesivo que detiene el movimiento vital de lo simbólico. Por eso esta estructura se instala en una lógica de muerte: la muerte es la *dit-mensión* de la obsesión. De allí que el obsesivo se mortifique con los mandatos forzados que provienen del superyó, lo que en el nudo se ubica como goce del Otro —sin barrar, fuera de la castración, fuera de lo simbólico, entre imaginario y real—. Los síntomas en la obsesión están, entonces, del lado de la inhibición, expresados por ejemplo en quejas constantes referentes a la impotencia, desde lo que no puede o no alcanza a hacer, hasta la desvitalización o la muerte en

8. *Ibíd.*, 40.

vida, que encuentra su contrapunto en la compulsión, única forma como el obsesivo alcanza a rozar el goce de la vida.

La acción analítica frente a esta estructura, será entonces la de desarmar esa caparazón imaginaria, agrietar, dejar la defensa sin sustento, para que pueda abrirse la vía de la realización del acto, más allá de la compulsión.

La histeria, por su parte, es pensada como efecto de la nominación de lo simbólico que, como se vio, opera sobre lo real, introduciendo allí la falta de manera forzada. Para Freud el síntoma histérico es el caso más logrado del mecanismo de la represión, es decir, el síntoma histérico es una metáfora, puesta para ser descifrada. Por eso mismo el sujeto histérico se enfrenta al campo del sentido: por ejemplo, en el síntoma conversivo, el cuerpo es habitado por un sentido que viene del inconsciente; el cuerpo como dimensión viviente padece de lo que cifran los significantes inconscientes al actuar sobre lo real.

Entonces, la intervención analítica en la histeria no consistirá en “darle más de comer” sentido, vía la interpretación, a ese pececito voraz que es el síntoma histérico, sino reventarlo con el equívoco, para desarmar justamente su sentido.

En la fobia se trata de una intromisión de lo real sobre lo imaginario. El sujeto angustiado ha perdido el dominio de su cuerpo; a diferencia de la histeria, los fenómenos se viven a nivel de lo imaginario del cuerpo, allí se alojan. La angustia toma al sujeto, no ya desde la lógica del sentido propia del inconsciente, sino desde la lógica de lo real, de la dispersión, de la falta de ligazón. En el caso Juanito, por ejemplo, cuando su pene empieza a manifestar sus veleidades, como dice Lacan, él se enfrenta con el goce fálico, siendo el falo lo que está fuera-del-cuerpo, goce que se sale del dominio narcisista. De hecho, la imagen del cuerpo se unifica descontando el falo.

El síntoma en la fobia es ya un progreso porque logra amarrar la angustia masiva propia del primer momento, del momento del encuentro con lo real, y la hace girar en torno a un objeto, el objeto fóbico, que permite transformaciones

al ir tomando diferentes significaciones, las mismas que serán aprovechadas e incentivadas por la labor analítica.

Lo nodal de la fobia, lo constitutivo de la misma, es que justamente el sujeto no dispone de una defensa ante el surgimiento de la angustia, como sí ocurre en la obsesión o en la histeria; prácticamente la fobia es la defensa misma, de allí que la intervención del analista apunte a la posibilidad de que el sujeto adquiera cierta consistencia de tal modo “que se le vuelva soportable gracias a la dimensión del agujero”<sup>9</sup>, construyendo sentido y ligando el goce en juego en la angustia por la vía de la repetición significante.

Finalmente, digamos que los casos que cierran el libro de Nieves Soria ilustran la práctica de la clínica nodal de las neurosis —un desarrollo de la propuesta lacaniana— desde cómo leer el caso en su presentación borromea, seguir sus movimientos —desanudamientos, reanudamientos— antes y durante el análisis, hasta elucidar cual sería la intervención

del analista que mejor responde a cada caso en la vía de la salida por el *sinthome*.

En efecto, este libro aporta, además, los elementos para entender la propuesta lacaniana de *sinthome* como un cuarto término que ex-siste a los otros tres (R.S.I.). Al ex-sistir, tendría un valor real, pero, dado que guarda un lazo especial con el símbolo, mantiene un sentido, lo que pone en juego al cuerpo como lo que aportará consistencia al anudamiento entre *sinthome* y simbólico. El *sinthome* hace confluir dos dimensiones del padre, como nombrante y como nombre, así condensa los tres tiempos del Edipo y permite a la vez que el falo funcione como símbolo. Llegados a este punto, el desarrollo del libro de Nieves Soria ha pasado de la localización del tríptico freudiano —inhibición, síntoma y angustia— en el nudo borromeo de tres redondeles, hasta la introducción de un cuarto nudo, que anuda los registros, cumpliendo en ello la función del *sinthome*.

9. *Ibíd.*, 90, 179.

